

## CAPITULO VIII

Presiente el P. Pignatelli su cercana muerte. — Prepárase para ella. — Molestia que le causa un comisario. — Postrera enfermedad. — Siente alguna mejoría. — Seguridad de su próxima muerte. — Sale á despedirse de sus amigos y bienhechores. — Recae y agrávasele la enfermedad. — Interés de toda la ciudad de Roma por el P. José. — Prohíbe al P. Panizzoni que se ofrezca á morir por él y le predice su larga vida. — Afectos y devocion del Siervo de Dios. — Recibe el Santo Viático. — Acométele el maligno espíritu. — Otorga testamento. — Nómbrase el sucesor. — Extremaucion. — Santa muerte. — Aparécese á un Hermano en Bolonia y á otra persona de gran virtud. — Funerales.

1810 — 1811

El continuo trabajo del Siervo de Dios más de lo que permitiesen sus débiles fuerzas durante todo el año 1810 y en 1811, hizo prever que su naturaleza estaba próxima á sucumbir á tanta fatiga. Y este era comun sentir no solamente de cuantos le trataban, sino mucho más del mismo Padre. Desde mediados de 1810 sentía arder en su alma vivos deseos de unirse estrechamente con su Dios; dirigiale súplicas fervorosas para que llegase ya el momento de romperse los lazos que tenían como en prisiones su espíritu; y rezaba todas las noches las preces que designa la Iglesia para asistir á los moribundos y la recomendacion del alma. Una vez que el P. Mozzi le sorprendió en aquel

ejercicio, no supo disimular, y le dijo que lo hacía para irse preparando á la muerte.

Corrió por casa la noticia; y algunos de sus más íntimos se acercaron á él, y representándole el estado actual de la Compañía en Italia, que iba á quedar sin apoyo en tantos y tan terribles embates que amenazaban su ruina, y el bien que en medio de las calamidades podría aún obrar en Roma para gloria de Dios, defensa de la Iglesia y consuelo y salvacion de muchas almas; le suplicaron que moderase sus deseos y fuese con mayor miramiento en cargar con tanto trabajo. Al principio el buen Padre, por el celo que le devoraba de la gloria de Dios y salvacion de sus prójimos y por el ternísimo amor que profesaba á la Compañía, se dejó convencer, y con las mismas palabras de San Martín obispo, decía: «Si es así, no rehusó vivir;» pero después, avivándosele el deseo con la dilacion, y reflexionando que los temores de sus súbditos no eran conformes con la confianza que debían colocar en solo Dios y no en sus industrias y fatigas, les dijo: «Vosotros creéis necesario que yo viva, y confiáis demasiado en mí, que para nada sirvo: pues bien, presto me quitará Dios la vida, y aprenderéis á confiar y apoyaros en él solo.»

Á este deseo de morir se juntaba otro, que era el de padecer mucho por Dios. Como si fuese poco lo que en el largo curso de su trabajosa vida había padecido de persecuciones, destierros, peligrosos viajes de mar y tierra, estrecheces y privaciones, asperezas y maceraciones corporales, y los continuos dolores de sus habituales dolencias; se sabe de positivo que en sus últimos años pidió como especial merced á Dios que agravara su bendita mano, acrecentándole el padecer, para conformarse con más perfeccion al divino ejemplar Cristo Jesús.

Desde aquellos días de luto universal para Roma sus enfermedades fueron siempre de mal en peor; y muchas veces faltábanle las fuerzas para tenerse en pie, hasta rendirse y caer como muerto en el suelo ó en la cama sin poder evitarlo. Remedios para disminuir la violencia de sus males no los empleó jamás, fuera de una paciencia invicta y una voluntad constante de pa-

decer. Disimulaba todo lo que podía, demostrando por defuera tranquilidad de corazon y placidez de semblante, sin admitir cosa alguna que pudiese mitigar sus dolores, ni por causa de ellos acortó jamás sus prolijas meditaciones y rígidos ayunos, ni las demás austeridades con que sin cesar maceraba su cuerpo. Mucho menos se sirvió de sus males para aflojar un punto en la aplicacion con que despachaba los negocios de su cargo.

Grande era la compasion que le tenían sus súbditos al verle padecer tanto; y se la demostraban con expresiones llenas de amargura, para colmo de la del Siervo de Dios, que nada sentía tanto, como el que los demás se tomasen pena por él. «Me compadecéis demasiado:» les decía, «no tenéis por qué apenaros por mí: pues lo que yo padezco, es bien poco.» Y no decía sino la pura verdad: porque sus dolores no eran tantos que igualasen la ardiente sed, que le devoraba, de siempre padecer más.

Mientras pudo tenerse en pie, nunca dejó de asistir á todas las distribuciones ú observancias domésticas, yendo con los demás al refectorio, y tomando el escaso alimento que llevaba su estómago, pero nunca diferente del de los demás: y aun cuando tenía que guardar cama, nunca lograban de él que tomase algun manjar más delicado, á no ser que mediara el mandato de su confesor el P. Monzon. Entonces se sometía á la obediencia, pero se dejaba ver en su rostro la pesadumbre que recibía de aquella singularidad; y muchas veces se le oyó decir, que sus males no eran tan extremos, que hubiese que regalarle; y que como Superior estaba obligado á dar buen ejemplo á sus súbditos. Fue un día uno de ellos á pedirle cierta exencion de un acto de comunidad en ocasion de estar el Padre enfermo y en cama; y tapándose este el rostro con las manos al oír la demanda, dijo: «¿Cómo puedo yo negar eso, cuando conmigo se hace uso de tantas singularidades y distinciones?»

Era tal la debilidad de su cuerpo, tan notable la postracion de sus fuerzas, y tan insufrible la crueldad de sus dolores, que fueron muchos de opinion que el Siervo de Dios ya largo tiempo vivía de puro milagro, sin el cual su naturaleza no habría podido

resistir tanto. Y en realidad en el verano de 1811 estaba el buen Padre tal, que parecía un esqueleto; enjuto, descarnado, sin vigor y sin fuerzas, y con un dolor particular en cada uno de sus miembros; y á pesar de todo se le veía emprender nuevos trabajos, capaces de rendir á un hombre robusto y sano. Así fue que muchos llegaron á creer que Dios se dignaba conservar-le la vida hasta que recibiese el consuelo, que para él hubiera sido inefable y soberano, de ver restablecida, como se esperaba, la Compañía universalmente.

Á mediados de Julio de este año de 1811 tuvo el Siervo de Dios ocasion de ejercitar un buen acto de humildad y de paciencia, que refiere el P. Luengo con estas palabras: «Sin tomarle la filiacion, han hecho un insulto no pequeño á la persona, respetabilísima por muchos títulos, de D. José Pignatelli, Provincial de los jesuitas de Nápoles, que está en su casita del *Buon Consiglio*. En ella tuvo citacion formal, habrá cinco ó seis días, para que se presentase en el despacho, oficio ó *bureau* de un comisario en la plaza Navona: y segun veo, el asunto es diferente de aquel otro relojero, comisarillo de las filiaciones. ¡Qué indecencia y villanía por muchos lados y respetos! pero se funda en uno de los grandes principios de la impía filosofía, para llegar á extinguir la religion católica, porque á su juicio, empobreciendo, envileciendo, pisando y ultrajando al clero, el pueblo ignorante y rústico dejará de seguirle: y ve ahí acabada la religion.»

«El P. Provincial fue al instante allá, aunque con mucha fatiga, porque su casa dista de la plaza Navona poco menos de media legua, y él está sumamente delicado. El presente asunto de la citacion del comisario fue preguntarle si tenía en arriendo la casa en que vivía y otra inmediata á ella: y le respondió que tenía arrendada la primera por cien escudos ó pesos duros, y la segunda por cincuenta. — «Pues debe V. pagar de contribucion por la primera diez reales, y por la segunda cinco: porque se ha mandado por el gobierno, que se pague medio por ciento del arriendo de las casas.»

«Pagó prontamente los quince reales que el comisario le pidió; y volviendo á hacer su viaje de media legua, se restituyó á su casa: y verisimilmente tendría que echarse un rato en la cama para descansar, como con menos motivo le he visto hacer algunas veces: y lo haría con mucha quietud y paciencia; pues la tiene,» añade con su acostumbrada candidez, «pues la tiene mayor que yo, que casi la pierdo del todo refiriendo sencillamente este su insolentísimo ultraje; y si no me reprimiera, saldrían por la pluma buenas cosas contra estos galopines.» Hasta aquí el P. Luengo<sup>1</sup>.

Á principios de Octubre con una ligera tos empezó el Padre Pignatelli á arrojar sangre por la boca en cantidad notable; y juzgándolo los Padres un alivio de la cabeza, no se alarmaron por ello, y mucho menos el paciente, quien muy pronto se sintió aliviado y sin dolores: mas á los pocos días le sobrevino tal decaimiento de su persona, que trocó en amargura el gozo concebido por los Padres, y su esperanza en temor de próxima muerte. Renunciando desde luego á las medicinas, que el enfermo, á causa de otras indisposiciones, no podía tomar, determinaron suplirlas con oraciones á los Santos, que eran, á juicio del paciente, el único remedio de sus males.

Encargáronse súplicas y rogativas en varios templos: y reunidos los de San Pantaleon en la capilla doméstica, dieron principio á un devoto triduo al Beato Francisco de Jerónimo, pidiéndole interpusiera su valimiento con Dios para obtener la conservacion de la preciosa vida de su tan amado Padre. Desde el primer día del triduo mejoró notablemente. Entraron con esto los Padres en esperanza de que el Señor les querría conservar la vida de su siervo; más pasados algunos días, volvió de nuevo la sangre en mayor copia.

Renovaron sus oraciones al glorioso Beato, y en esto los acompañaba toda la ciudad de Roma, especialmente los ex-jesuitas de todas naciones. «Era comun y vehemente á todos,» dice el Padre

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 45, Parte segunda. Día 23 de Julio de 1811.

Luengo<sup>1</sup>, «la pena de ver que se iba acercando á la muerte; general y fervoroso en todos el hacer oracion, triduos y novenas á muchos Santos para alcanzar del Señor su vida y su salud; y aun me consta de dos, que se ofrecieron á morir en su lugar.» Y en una relacion<sup>2</sup> se escribe, que «en toda la ciudad, de todas las órdenes, muchas personas interponían con Dios la mediacion de muchos Santos con oraciones privadas y públicas, con ofertas y promesas por la vida de tan digna persona.» Viose el efecto de tantas plegarias, pues cesó en seguida la sangre, y el enfermo recobró regulares fuerzas.

Un mes ántes de su muerte, «me preguntó,» dice el H. José Grassi, «qué se decía de él en casa. Aunque con alguna repugnancia, yo, respondiendo con sencillez, le dije que los Padres decían que él era demasiado generoso, y que yo tambien era de la misma opinion. Añadió el Padre: «Á vos y á los demás ¿os ha faltado algo alguna vez?» Y yo le respondí que jamás nos había faltado nada. «Miserable que sois vos,» replicó, «venid acá» (y me hizo señal de que me acercase á un cajon de su escritorio,) «mirad:» y vi en él una cantidad notable de monedas de oro, que á lo que puedo calcular, llegarían á algunos millares de escudos: de suerte que yo quedé sorprendido<sup>3</sup>.» Hasta aquí el Hermano Grassi.

El 13 de Octubre escribió una cartita á la señora duquesa de Villahermosa, reconviniéndola porque apesar de verse privada de sus rentas y en una situacion bien penosa, le había enviado una cantidad. En la carta decía así<sup>4</sup>: «Roma, 13 de Octubre de 1811. — Te agradezco por tu corazon los siete mil reales, que recibo con vergüenza, tentado á devolvértelos: pues ¿quién hubiera imaginado los apuros de la buena Villahermosa, mayores cien

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 45, pág. 1067.

<sup>2</sup> *Breve relacion ms.*, existente en el archivo de los señores duques de Villahermosa.

<sup>3</sup> *Process. Rom.*, fol. 177.

<sup>4</sup> Apuntes sobre la vida y acciones memorables..... de D.<sup>a</sup> María Manuela, pág. 21.

veces que los de estos Padres, á quienes su divina Majestad á mano abierta socorre? Te pido sea la última.»

Pudo decir misa el día de Santa Teresa, y continuó celebrándola hasta el mismo en que se echó en cama para no levantarse más. Regocijábanse con esto sus amantes hijos, y le daban el parabien por haber logrado el favor que tanto deseaban. Tambien el P. Pignatelli aseguró que la gracia estaba concedida, mas en sentido contrario; porque ellos referíanse á la salud, y él á la muerte. Oigamos cómo explica el H. José Grassi lo que pasó. «Preguntéle yo,» dice, «porqué no instaba él tambien con el Beato Francisco de Jerónimo, mientras nosotros hacíamos un triduo para obtener su salud. El Siervo de Dios respondió: «Ya nos hemos entendido con el Beato: ya está concedida la gracia; todo está concluído.» — «Pero ¿cómo,» repliqué, «cómo está todo concluído?» Y el Siervo de Dios repitió las mismas palabras «Todo está concluído.» Cuando yo haya muerto, no te olvides de rezarme algun *De profundis*:» de lo cual entendí que moriría; como en efecto sucedió<sup>1</sup>.»

Tiénese por cierto que el Beato Francisco le aseguró de su cercana muerte y le anunció el día y hora precisa de ella. En cuanto se halló mejorado, salió á hacer algunas visitas, entre las cuales menciona el citado H. Grassi las de los señores Martínez y conde Pianciani, y la de la señora marquesa Doria Fieschi, «y otras personas,» añade, «de consideracion.» Esto sucedía á fines de Octubre. Tambien visitó uno por uno á los amigos y bienhechores, y á varios personajes de cuenta de su mayor intimidad; y al despedirse, dijo á cada cuál que aquella sería la última visita; lo que dejó por escrito á todos los que no pudo ver y hablar personalmente.

Visitó entre otros á Monseñor Domingo Atanasio, hombre de vida ejemplar, que á la sazón era vice-gerente de Roma<sup>2</sup>; y después de hablar un buen rato con él de Dios y del cielo, el Padre

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 185.

<sup>2</sup> Segun el P. Monzon era pro-vicegerente.

se postró á sus pies, y suplicóle encarecidamente, lo que otras veces no había hecho, que le diese su santa bendición. Turbóse el prelado al ver delante de sí en tan humilde postura á un hombre que veneraba como á santo; y tomándole de la mano, intentó levantarlo sin decidirse á complacerle; pero al fin, viendo su insistencia, con las lágrimas en los ojos le bendijo.

Pasó el Siervo de Dios gran parte del día en aquella ocupación, y algunos entendieron su significado; otros, que no atinaban el motivo de tales visitas, como los PP. Trinitarios, fueron al hospicio de San Pantaleón á preguntar con ansiedad si iba de viaje y adónde el P. Pignatelli.

Quedóse una mañana en casa, llamó al P. Agustín Monzón, que era ministro, y le ordenó que escribiese una nota de todo lo que había en cierto cuarto, le informó menudamente de cuanto pertenecía á la administración, y le entregó todos los papeles que á ella se referían. Hizo además un escrutinio de todo lo que tenía en su habitación: y poniendo aparte y en orden lo que debía conservarse, entregó muchos de sus escritos al H. Grassi para que los echara al fuego. Depone este Hermano, que esto lo solía hacer siempre que tenía que salir de algún sitio ó prepararse para largo viaje. Esta es la causa por qué nos vemos privados de muchos preciosos manuscritos, en que el Padre registraba día por día las cosas de su alma y las luces interiores y los conocimientos é ilustraciones sobrenaturales que recibía de su Dios. Visitó por fin uno tras otro á cada uno de sus súbditos en sus aposentos con mayores muestras de entrañable cariño que nunca.

En este tiempo se le manifestó alguna hinchazón en los pies y en el vientre: aquella desapareció algunos días después; el vientre no se le deshinchó más. Con tales indisposiciones, con el cansancio que sintió en hacer visitas, y con el desconcierto del estómago que recibía poco ó arrojaba lo que recibía, se redujo á tal debilidad y extenuación de la persona, que le fue preciso guardar cama. Faltábale por concluir cierto negocio, que á solo él tocaba ultimar, referente al Beato Francisco de Jerónimo, y

puso la mano en él el día antes de echarse en la cama para no levantarse más de ella.

El 2 de Noviembre, conmemoración de los difuntos, á pesar de sus poquísimas fuerzas, celebró la santa misa; y la misma mañana salió de casa, y apoyándose, como pudo, en un bastoncillo, dio unas vueltas por las calles contiguas, y distribuyó abundante limosna entre los pobres, siendo aquel el último acto exterior del Venerable, que coronó su misericordia y caridad con los pobres y desvalidos<sup>1</sup>. Al volver á casa, no pudiendo tenerse más en pie, tuvo que acostarse: y el mal, que hasta entonces había estado oculto, apareció de repente y con síntomas mortales y sin remedio. La calentura que se le excitó, la debilidad de cabeza que se le advertía, y la que experimentaba en todo el cuerpo, hicieron perder toda esperanza humana.

Deseosos aún sus hijos de alargarle la vida, renovaron con más fervor que nunca sus oraciones. Se dispuso otro triduo en la iglesia del Buen Consejo, y dos de los sacerdotes por dos veces hicieron á pie la visita de las siete iglesias, mientras que otros se remudaban en vela continua delante del Santísimo Sacramento. Hubo también quien ofreció su vida al Señor en cambio de la del P. Pignatelli; y en esto ocurrieron cosas tan extraordinarias é hizo tales predicciones el Siervo de Dios, que no puedo dejar de referirlas extensamente y con sus más menudas circunstancias, como se leen en los procesos, y «varias veces,» dice el P. Boero, «me las ha confirmado á mí de palabra el H. José Grassi.»

Yacía por entonces enfermo en la cama y en el mismo hospicio de San Pantaleón el P. Luis Panizzoni, anciano de una sencillez é inocencia admirables. «Sucedió,» dice el cardenal Carlos María Pedicini<sup>2</sup>, «que adelantando para los dos el peligro de muerte, el P. Panizzoni, más con el corazón que con la lengua, hacía al Señor esta súplica: «Señor, yo soy un sarmiento

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 291.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 491.